

Nuestra casa común

Quienes destruyen la Tierra destruyen asimismo a los más pobres y marginados de nuestro mundo: a ellos afecta más que a nadie el cambio climático

Víctor Manuel Arbeloa



AMIGO lector: Dios te dé alegría, como solía decir Amadís de Gaula a sus interlocutores. ¿Qué mejor ocasión que la Navidad para hablar de nuestra madre Tierra, "divinizada" por el nacimiento del Hijo de Dios?

La permanente gravedad de la crisis ecológica -basta mencionar la reciente Cumbre Mundial del Clima y el Sínodo sobre la Amazonía- nos obliga a repasar críticamente la historia ambivalente de nuestra civilización respecto a la consciencia ecológica; a preguntarnos a cada paso cómo habitamos nuestra casa común, y a afrontar los urgentes desafíos ecológicos, cuando no la amenaza de un ecocidio planetario.

Digamos "crisis ecológica" (ókos, casa) mejor que medio-ambiental, porque el mundo que nos rodea está también dentro de nosotros, no separado de nosotros; es nuestra propia casa, y parte de nuestra existencia. Nuestra crisis es ecológica porque es una crisis de relaciones de los seres humanos entre sí y de éstos con los demás seres vivos. Quienes destruyen la comunidad viva de la Tierra destruyen asimismo a los más pobres y marginados de nuestro mundo: pues a ellos afecta más que a nadie el cambio climático, la contaminación de ciudades y zonas industriales o el hambre y la escasez de agua.

En el Judaísmo y en el primitivo Cristianismo se vio pronto la creación como un libro vivo que revela el ser del Creador. En los primeros relatos de la Biblia los seres humanos no son soberanos absolutos del mundo natural, que puedan explotar la tierra y tyrannizar a otras creaturas. Al contrario, Dios les da un mandato que incluye una seria responsabilidad sobre el mundo, del que tienen que rendir cuentas. La ignorancia de tal responsabilidad, la falta de voluntad para reconocer las limitaciones del poder humano y el deseo de "ser como dioses" serán el principio de todo abuso, de todo exceso, de toda corrupción.

En los evangelios es habitual la conexión de Jesús con el mun-

do no humano. Teólogos y místicos posteriores vieron a Dios en todas las cosas, y Francisco de Asís, el santo más popular de la Iglesia y patrono de ecologistas, creador de los "belenes", habló a las demás creaturas como hermanas y hermanos, junto con el sol, la luna, el aire y el agua. La misma ley natural escolástica, heredada de los griegos, implicaba una base ética común enraizada en la regularidad de la misma naturaleza.

Pero ya Descartes entendió por naturaleza "la materia misma" y la materia se convirtió en una cosa sin vida, que podía ser usada y consumida, explotada y destruida, como el hombre quisiera, según los intereses y necesidades de la razón instrumental.

Desde comienzos del siglo XX, el cosmos se ha ido entendiendo como una realidad interconectada, dinámica y hasta "consciente". Como una danza de energía y relación. Como un proceso continuo de afloramientos, de posibilidades novedosas, desde el gran destello original, hace 13.700 millones de años.

La hipótesis "Gaia" (James Lovelock) afirma que nuestro planeta funciona como un sistema que se autorregula, parecido a un superorganismo gigante. Todos los seres humanos estamos relacionados con todos los demás seres planetarios. Toda la creación es una sinfonía de la que formamos parte. "La historia del universo -escriben Leonardo Boff y Mark Hathaway- no es fruto de la necesidad ni del azar, sino que está más bien marcada por la aparición creativa orientada por un tipo de atracción que, sin obedecer

a un diseño o un plan fijados, puede revelar un sentido más profundo de significado o finalidad". "Principio cosmogónico" o tendencia a progresar hacia una comunión, diferenciación y creatividad cada vez mayores, viviendo en armonía justa y amorosa con todos los seres humano y no humanos, buscando sentido, finalidad, liberación y creatividad.

Con la ya célebre encíclica "Laudato sí", la más leída en el mundo, y en el mundo científico, después de la "Pacem in terris" de san Juan XXIII, el papa Francisco ha puesto al verde vivo en la Iglesia católica y fuera de la Iglesia la cuestión ecológica, respaldando cultural y religiosamente los improbos esfuerzos de la ONU para librar a nuestro planeta del deterioro, la destrucción y la ruina.

No podemos olvidar tampoco las reconocidas iniciativas ecológicas de la Iglesia Ortodoxa Ecuμένηca de Constantinopla, la pionera de todas las Iglesias en este compromiso de la salvaguarda de la madre Tierra, con Bartolomé I al frente:

"La identidad de una verdadera sociedad y la medida de una verdadera cultura -decía el patriarca ortodoxo en el IX Simposio Ecológico del Patriarcado Ecuμένηco, el año pasado- no deben juzgarse por el grado de desarrollo tecnológico, el crecimiento económico o las infraestructuras públicas. Nuestra vida civil y nuestra civilización deben definirse y juzgarse principalmente por el respeto a la dignidad de la humanidad y la integridad de la naturaleza".

Víctor Manuel Arbeloa Escritor

